



La Iglesia, contemplando el nacimiento de Jesús, queda como extasiada y de su corazón brota, así se recoge en el oficio de Lectura de este día, estas palabras “Oh gran misterio”. Es el misterio de la humanidad de Jesús que nos permite saber, no solamente quién es Dios sino quienes somos nosotros.

Cuando nace Jesús “*un silencio apacible lo envolvía todo*” cfr Sab 18,14. Es el silencio de la admiración gozosa que no encuentra palabras. Es el pañal en el que Dios envuelve a su Hijo en la gruta de Belén, donde solamente se nos pide creer en el amor que nos tiene. En su primera carta el apóstol Juan afirma: “**Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él**” cfr I Jn 4, 16.

Fue la experiencia de los pastores cuando fueron al portal y vieron a “*María y a José, y al niño acostado en el pesebre*”. El amor conocido y creído les llevó a dar gloria y alabanza a Dios cfr Lc 12, 15-20; glorificación y alabanza que brotaba de unos corazones pobres.

En este día en el que celebramos que “*la luz de tu (Dios) gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor*” cfr Pf. I de Navidad, el Espíritu Santo nos hace una invitación: “*Cantad al Señor un cántico nuevo*” sl 97 (98).

El canto no es predicación de la Palabra, sino expresión personal y comunitaria de alabanza al Señor y medio de narrar su salvación. Cantar al Señor nos permite expresar nuestros sentimientos más íntimos y profundos, entre los que no puede faltar el gozo y una profunda ternura. El adjetivo “*nuevo*” (חדש *jadash*) evoca algo fresco, renovado, arreglado, restaurado a su belleza original. Es la novedad del amor que se contempla en Belén tal como se vivía en la

aurora de la creación.



El cristianismo, antes de ser amor al prójimo pide, como condición previa, creer en el amor; puesto que, si uno no cree en el amor, puede hacer muchas obras generosas que serían solo gestos de protagonismo.

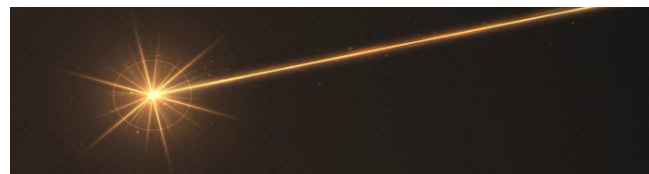
San Pablo afirmaría que “*no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde*” cfr I Cor 13, 1ss. La contemplación de este gran misterio es lo que le llevó a decir a San Agustín: “*que el corazón no permanezca en silencio ante Dios; no guardes silencio sobre los beneficios recibidos*”. Hay que creer en el amor, porque sólo quien cree en el amor puede creer en el Dios que es amor. No se cree primero en Dios y posteriormente en el amor; no, primero se cree en el amor y en la medida en que se cree verdaderamente en el amor se puede creer en Dios. La entrada del Amor en el mundo y en la historia provoca un sobresalto de alegría en todos y en todo, que hace posible cantar “*un cántico nuevo porque ha hecho maravillas*”.

Pero para saborear el misterio de la Palabra de Dios hecha carne, necesitamos mirar.

Escribe Simone-Weil, pensadora francesa del pasado siglo XX, que «*una de las verdades fundamentales del cristianismo, desconocida con demasiada frecuencia, es esta: «Lo que salva es la mirada»*». De ahí la invitación que nos hace el profeta Isaías tal como acabamos de escuchar en la lectura primera: “*Mira a tu Salvador que llega*”.

“*Mirar*” implica mucho más que “*ver*”. En medio de la agitación cotidiana, se hace siempre necesario detener nuestra mirada porque, de lo contrario, veremos mucho pero no seremos capaces de captar lo que realmente sucede en nosotros y en nuestro entorno.

En este día hemos de mirar a Cristo-Jesús. Tenemos que hacerlo como lo hicieron los pastores, con corazón pobre y descubriremos, como ellos lo descubrieron que Dios no puede dar otra cosa que no sea lo que Él es. **«El bien y don por excelencia que Dios nos entrega es su propio Hijo, y su Hijo viene a nosotros para enseñarnos a mirar»**.



Mirada profunda, serena, llena de paz y de ternura, de luz y de vida; así es la mirada de Jesús!

Su mirada es como un rayo de luz que traspasa el cerco de nuestra intimidad e ilumina todo nuestro interior y nos hace aparecer ante su presencia desnudos de todas las caretas y disfraces que nos impiden vernos tal cuales somos. Pero no es para delatarnos y acusarnos, sino más bien, para romper las cadenas que nos atan y derribar los muros que nos encierran en nuestro egoísmo y tristeza, en nuestro odio y soledad, y darnos la oportunidad de ser liberados con el poder de su Santo Espíritu, por eso viene a nosotros como Salvador: para que contemplemos (mirar con atención) su gloria y demos testimonio de lo que hemos visto y oído. (Hechos 4,13-21



Orando en la escuela de los salmos

Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd-4. 5-6 (R.: 3c)



Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo.

El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.

Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad.

Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor.

La Iglesia, contemplando el nacimiento de Jesús, queda como extasiada y de su corazón brota, así se recoge en el oficio de Lectura de este día, estas palabras *"Oh gran misterio"*. Es el misterio de la humanidad de Jesús que nos permite saber no solamente quién es Dios sino quienes somos nosotros.

Cuando nace Jesús *"un silencio apacible lo envolvía todo"* cfr Sab 18,14. Es el silencio de la admiración gozosa que no encuentra palabras. Es el pañal en el que Dios envuelve a su Hijo en la gruta de Belén, donde solamente se nos pide creer en

el amor que nos tiene. En su primera carta el apóstol Juan afirma: *"Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él"* cfr I Jn 4, 16.

Fue la experiencia de los pastores cuando fueron al portal y vieron a *"María y a José, y al niño acostado en el pesebre"*. El amor conocido y creído les llevó a dar gloria y alabanza a Dios cfr Lc 12, 15-20; glorificación y alabanza que brotaba de unos corazones pobres.

En este día en el que celebramos que *"la luz de tu (Dios) gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor"* cfr Pf. I de Navidad, el Espíritu Santo nos hace una invitación: *"Cantad al Señor un cántico nuevo"* sl 97 (98).

El canto no es predicación de la Palabra, sino expresión personal y comunitaria de alabanza al Señor y medio de narrar su salvación. Cantar al Señor nos permite expresar nuestros sentimientos más íntimos y profundos, entre los que no puede faltar el gozo y una profunda ternura. El adjetivo *"nuevo"* (שִׁדְּשִׁי/jadash) evoca algo fresco, restaurado a su belleza original. Es la novedad del amor que se contempla en Belén tal como se vivía en la aurora de la creación.

Porque el cristianismo antes de ser amor al prójimo pide, como condición previa, creer en el amor; puesto que, si uno no cree en el amor, puede hacer muchas obras generosas que serían solo gestos de protagonismo. No se cree primero en Dios y posteriormente en el amor; no, primero se cree en el amor y en la medida en que se cree verdaderamente en el amor se puede creer en Dios. La entrada del Amor en el mundo y en la historia provoca un sobresalto de alegría en todos y en todo, que hace posible cantar *"un cántico nuevo porque ha hecho maravillas"*

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Natividad del Señor "B"

Un texto para guardar en la memoria del corazón



A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.